

Sección de Notas

ALGO MAS SOBRE ANTONIO MACHADO Y VALLE-INCLAN

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido.
(Retrato, «Campos de Castilla».)

En una entrega anterior de esta revista (núm. 160, abril de 1963, páginas 6-17), Alfredo Carballo Picazo publicó una interesante e inteligente nota sobre las relaciones literarias y amistosas que existieron entre Antonio Machado y Valle-Inclán. Aunque el autor del aludido trabajo ha logrado reunir la documentación más significativa y cumplir así con su tarea de crítico, quisiéramos agregar aquí unos detalles más sobre el tema.

Primero, véamos en qué consiste el aporte de Carballo Picazo. Sin duda la novedad bibliográfica de mayor importancia en su bien documentado estudio es la reproducción íntegra (pp. 14-17) del prólogo que en 1938 hizo Antonio Machado para la edición barcelonesa de *La corte de los Milagros*, de Valle-Inclán (1). No deja de transcribir, por lo demás, la carta en la cual Machado se dirige a Valle, en 1916, para acusarle recibo de *La lámpara maravillosa* (2). Carballo Picazo recuerda también los conocidos homenajes poéticos de Antonio Machado a Valle («Esta leyenda en sabio romance campesino»), «Yo era en mis sueños, don Ramón, viajero» e «Iris de luna» (3); se copian algunos

(1) En una nota final (p. 17), Carballo Picazo se refiere a un texto de Machado titulado «Valle-Inclán», que se publicó en *Novedades* (año XXI, número 5.504, 13 de mayo de 1956, p. 3), y que no ha podido examinar. Conviene señalar aquí que el texto reproducido en el diario mejicano es el mismo prólogo de ANTONIO MACHADO a *La corte de los milagros*.

En un artículo reciente («Teorías literarias de Antonio Machado», *La Torre*, XII [núms. 45-46 enero-junio de 1964, pp. 297-312]), Guillermo de Torre, al ocuparse de ciertos escritos de Machado sobre libros recién aparecidos, alude a este mismo prólogo «de circunstancias» (p. 303), y más adelante dice «un escrito todavía más ocasional, o menos espontáneo que otros, fué el prólogo que escribió para una reedición de *La corte de los milagros*, de Valle-Inclán, y que en rigor se reduce a una semblanza donde reaparecen algunos de los rasgos y anécdotas ya conocidos» (p. 305). Se reproduce también un pequeño fragmento del texto en cuestión (pp. 305-306).

(2) Se recordará que esta carta apareció en *Indice*, IX (núms. 74-75, abril-mayo de 1954), p. 23.

(3) Hace bien Carballo Picazo en reproducir el poema tal como aparece en *La Pluma*, lo cual permite cotejar con facilidad la versión primitiva con la defi-

importantes textos de Machado tomados de *Juan de Mairena* y *Los complementarios* (4); y, por último, basándose en las biografías de Valle por Melchor Fernández Almagro y por Gómez de la Serna, el autor del trabajo que glosamos puntualiza varios encuentros literarios de diversa índole (las tertulias en el nuevo Café de Levante y en otro punto de reunión con Rubén Darío; el manifiesto que ambos firmaron contra Echegaray; el documento de 1915, mediante el cual ciertos escritores expresaron su apoyo a los aliados; etc.), inclusive el viaje que hicieron los dos a Granada para asistir a la representación de la versión de *Andrea Doria*, por Valle, y en la cual actuaba Ricardo Calvo (5). En esta forma, pues, Carballo Picazo ha estudiado el duradero

nitiva que figura con título de «Iris de la noche» en las varias ediciones modernas de las *Poesías completas*, de MACHADO.

Al estudiar ciertas dedicatorias desaparecidas o cambiadas en su trabajo «Amistades de Antonio Machado» (*Insula*, XIV [núm. 158, enero de 1960], pp. 3 y 15), ORESTE MACRÍ, naturalmente, llama la atención sobre el «maestro» que se suprime de la dedicatoria de «Iris de la noche», y, sobre el particular, escribe: «Admiración quedó, sí, mucha, y otra prueba es el estupendo soneto (en la CLXIV), titulado «A Don Ramón de Valle-Inclán...» (p. 15). Por lo demás, al citar la última estrofa de esta poesía, en la cual aparece el verso «Por qué faltó mi voz en tu homenaje», afirma el crítico: «Toda la CLXIV tomó parte de *Nuevas canciones*, que se publicaron en 1925 (*sic*), pero llevan las fechas 1917-1920. Yo no sé si hubo en este tiempo algún homenaje colectivo, al cual don Antonio no pudo o no quiso participar, en el caso de que los versos aludan a tal acto. Si no lo hubo, creo que hay referencia—no sólo a la exclusión de la dedicatoria de «Canciones» en *Soledades* y del título de «Maestro» en la dedicatoria de «Iris de la noche»,—sino también a otra señal de descuido por parte de Machado, lo que debió de irritar a tal campeón del *irritabile genus...*» (*Ibidem*). Sin olvidarnos de la pequeña discrepancia en cuanto a las fechas, nos preguntamos si en el verso transcrito del soneto Antonio Machado no se refería al homenaje que los escritores ofrecieron a Valle el 1 de abril de 1922, en Fornos, a raíz de su regreso de Méjico. Así parece creerlo también Carballo Picazo (p. 10). No hemos podido precisar si asistió o no Antonio Machado a este banquete.

Quisiéramos agregar aquí un juicio de Juan Ramón Jiménez sobre esta composición dedicada a Valle: «Toda esta noche de luna alta, luna que viene de España y trae a España con sus montes y su Antonio Machado reflejados en su espejo melancólico, luna de triste diamante azul y verde en la palmera de rozona felpa morada de mi puertecilla de desterrado verdadero, he tenido en mi fondo de despierto dormido el romance «Iris de la noche», uno de los más hondos de ANTONIO MACHADO y uno de los más bellos que he leído en mi vida...». Citamos, según RICARDO GELLÓN, «Prosa y verso de Juan Ramón Jiménez a Antonio Machado», *La Torre*, VII (núm. 25, enero-marzo de 1959), p. 215.

(4) Atinadamente, Carballo Picazo afirma: «Carecería de sentido enumerar las veces que Machado cita a Valle-Inclán en sus obras» (p. 12). Tan sólo recordamos otras dos mínimas alusiones a Valle no recogidas por el crítico, y su importancia nos parece bien nula. Cf. *Los complementarios y otras prosas póstumas* (Buenos Aires, 1957), pp. 199 y 240.

(5) De Oreste Macrí (*Poesie di Antonio Machado*, Milán, 1959) toma Carballo Picazo el dato sobre este viaje e indica que era de 1903. En cambio, Miguel Pérez Ferrero, el biógrafo de los hermanos Machado, se refiere al mismo viaje a Granada, emprendido por la invitación de Valle, pero, según él, debiera fecharse hacia finales de 1902. Además, Pérez Ferrero afirma que el primer libro de Antonio Machado se publicó en 1902, durante su ausencia en Granada, con fecha adelantada de 1903. MIGUEL PÉREZ FERRERO: *Vida de Antonio Machado y Manuel* (Madrid, 1947, p. 108).

Por su parte, Gabriel Pradal Rodríguez recuerda el mismo viaje y escribe que Antonio Machado «...no regresa a Madrid hasta entrado el año de 1903».

afecto y admiración que Antonio Machado profesaba por Valle-Inclán. Se nos ha ocurrido ahora recoger unos cuantos datos más sobre la amistad que existía entre ambos escritores, tan diferentes al menos en los aspectos más visibles de su obra y de su personalidad humana, y añadir a la vez unos breves comentarios sobre los textos correspondientes.

No sabemos con exactitud cómo y en qué fecha comenzó esta amistad. Después de la muerte del escritor gallego, en su artículo de 1936, Antonio Machado afirma: «Juan de Mairena conoció a Valle-Inclán hacia el año 95; escuchó de sus labios el relato de sus andanzas en Méjico, y fué uno de los tres compradores de su primer libro, *Femeninas...*» (6). No está de más recordar otro texto de Machado, en que dice haber conocido a Valle, después del primer viaje de éste a Méjico (1892), «cuando él era un hombre en plena juventud, y yo poco más que un adolescente» (7). Luego, en el mismo escrito, recuerda un encuentro posterior en el antiguo Café Colonial, presentado por Manuel Sawa, hermano del pintoresco Alejandro. Con excepción hecha de las ya citadas palabras de Antonio Machado, no conocemos otros testimonios sobre los primeros contactos entre los dos escritores. Pensamos, sin embargo, que los encuentros se hicieron más frecuentes y que esta amistad se estrechó hacia 1900, si no un poco antes, una vez que Valle radica definitivamente en Madrid. Tratemos de reconstruir algunos hechos pertinentes que remontan a aquellos años, época en que ya empezó a formarse el núcleo de escritores que pronto iban a renovar con tanta fortuna las letras peninsulares.

Los hermanos Machado, al estallar la guerra de 1898 se hallaban en Sevilla, pero pronto regresan a Madrid. De aquella época Pérez Ferrero, en su biografía de los Machado, recuerda cómo se había formado una reunión de jóvenes en el Lion d'Or, y luego nos hace el retrato de uno de los contertulianos: Ramón del Valle-Inclán (8). Cabe preguntarnos si también coincidieron en el Café de Madrid, allá por 1897 o 1898, escenario de las reuniones evocadas por Ricardo Baroja,

«Antonio Machado: Vida y obra», *Revista Hispánica Moderna*, XV (núms. 1-4, enero-diciembre de 1949, p. 15).

Sin embargo, Machado mismo, en su conocida nota autobiográfica de 1931, dice: «De 1903 a 1910, diversos viajes por España: Granada, Córdoba, tierras de Soria, las fuentes del Duero, ciudades de Castilla, Valencia, Aragón.»

Que sepamos, los biógrafos de Valle-Inclán no hacen mención de este viaje con Machado a Granada.

(6) *Juan de Mairena*, II (Buenos Aires, 1942, p. 15).

(7) Esta frase se halla en el ya aludido prólogo a *La corte de los milagros*, de Valle. No parece lógico hacer remontar un primer encuentro entre los dos escritores a la primera época madrileña de Valle-Inclán (1890-1892), y los textos citados confirman que se conocieron después del primer viaje de Valle a Méjico (1892). Recordemos aquí que Valle radica de 1893 a 1896 en Pontevedra, donde se publica su primer libro, y es probable que no regrese definitivamente a Madrid hasta el invierno de 1896-1897.

(8) MIGUEL PÉREZ FERRERO, *ob. cit.*, pp. 85-86.

cuyos asistentes pronto se dividieron en dos grupos con sede en la Cervecería Inglesa y la Horchatería de Candela (9). Sea lo que fuere, quisiéramos señalar otro testimonio significativo que data de los primeros años de la amistad entre Machado y Valle. En 1901, después de haberse herido en el pie de un pistoletazo en circunstancias archisabidas, Valle tiene que guardar cama por unos meses. A esta herida alude Machado en su prólogo a *La corte de los milagros*. Por lo visto, iba a visitarle con cierta frecuencia y cuenta Valle lo siguiente:

... Estuve tres meses en cama, me olvidé de las minas de la Mancha y escribí unas *Memorias*... Se las leí a Antonio Machado y a Francisco Villacspesa. Este, no bien hubo terminado la última cuartilla, dijo alborozado: «¡Eso se parece a *La Virgen de la Rosa*, de D'Annunzio!» Y Machado añadió: «¡Es magnífico!» Antonio me aconsejó que publicase mis cuartillas cuanto antes. Aquellas *Memorias* son *Sonata de Otoño*. Escribí con facilidad. Tenía un sentido literario y sentía un vivo desprecio por quienes escribían sin saber hacerlo y a quienes los diarios trataban de «maestros»... (10).

No vemos, en este caso, motivo alguno para dudar de la veracidad de estos recuerdos de Valle-Inclán.

Otra posibilidad, quizá algo indirecta e hipotética, para puntualizar las tempranas relaciones literarias entre Machado y Valle sería indicar con toda brevedad las revistas renovadoras, cuyas páginas se enriquecieron con las firmas de los que en aquel entonces eran noveles escritores. Basándonos en las normales fuentes de consulta sobre las revistas de fines de siglo y principios del actual, destacamos que ambos colaboraron en *Electra* (1901), importante órgano del primer modernismo colectivo, aunque su título se deriva de la obra de Galdós recién estrenada, y al año siguiente sus firmas aparecen también en *La revista ibérica* (1902), de Villacspesa. Valle, como bien se sabe, mandaba sus cuentos y varios fragmentos en prosa a otras revistas del período (*Germinal*, *La vida literaria*, *Revista nueva*, *Juventud*, *Alma española*), pero menos frecuente en las revistas de la época es el nombre de Antonio Machado, lo cual se debe, por lo menos en parte, a sus ausencias de España en 1899 y 1902, hasta la aparición en 1903 de *Helios*, publicación animada por Juan Ramón Jiménez, en la cual falta la firma de Valle, aunque por lo visto había prometido al editor colaboración gratuita.

(9) RICARDO BAROJA: *Gente del 98* (Barcelona, 1952, pp. 16 y ss.). Notamos que el autor no menciona a los hermanos Machado entre los contertulios de este grupo de artistas, pero sí figuran, por supuesto, sus nombres entre los literatos que iban a las reuniones del Café de Levante (pp. 49-50).

(10) FRANCISCO MADRID: *La vida altiva de Valle-Inclán* (Buenos Aires, 1943, página 62).

A partir de 1907, año en que Antonio Machado se traslada a Soria, su presencia en Madrid se hace seguramente menos regular, pero de la época anterior a la fecha de su partida para ocupar su cátedra en el Instituto soriano datan otros contactos entre los dos escritores. Sin duda coincidieron de vez en cuando en sus visitas a Juan Ramón Jiménez, recluso en aquel entonces (1901-1903) en el Sanatorio del Rosario, en Madrid (11). Otro dato significativo no mencionado por Carballo Picazo, al recordar las composiciones poéticas de Machado que llevan dedicatoria a Valle, es el siguiente: en la edición de 1903 de *Soledades*, la sección llamada «Canciones» en ediciones posteriores, cuyo título primitivo era «Salmodias de Abril», estaba dedicada a don Ramón del Valle-Inclán. La dedicatoria, así como el título original y varias poesías, desaparecen en las ediciones definitivas de la poesía de Antonio Machado (12). Para completar las indicaciones de la estima en que Machado tenía a Valle hacia aquellos primeros años del siglo actual, no olvidemos que el conocido soneto escrito para *Flor de santidad* puede fecharse en 1903 ó 1904 (13). Finalmente, hay testimonio de que se encontraron, hacia 1906, en el Café Europeo, otro de los muchos que frecuentaba Valle (14). Como advierte Carballo Picazo, la vida separaba y unía en años posteriores a los dos amigos. Machado estaba en Soria, en Baeza y en Segovia; Valle había ido a la Argentina, otra vez a Méjico y en distintas épocas se ausentaba de Madrid para vivir en Galicia. Indudablemente, se cartaban y se mandaban libros. Elocuente testimonio es la carta de 1916, ya mencionada, y en ella también alude Machado a una visita proyectada a Valle en Galicia, la cual no pudo realizarse por un asunto familiar.

(11) Juan Ramón Jiménez recuerda cómo en aquel entonces le visitaban varios escritores, entre ellos los Machado y Valle-Inclán. Cf. «Ramón del Valle-Inclán (Castillo de quema)», artículo publicado en *El Sol* (1936), que citamos según *Páginas escogidas. Prosa* (Madrid, 1958, p. 135).

(12) Dámaso Alonso advierte el dato al reproducir algunas composiciones olvidadas de Machado en su estudio «Poesías olvidadas de Antonio Machado», *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid, 1952, p. 126, nota 16). Cf. también ORESTE MACRÍ: «Amistades de Antonio Machado» (p. 15). En su trabajo «Antonio Machado's, *Soledades* (1903): a critical study», *Hispanic Review*, XXX (1962, pp. 194-215), el hispanista inglés Geoffry Ribbans no menciona esta dedicatoria, ni su eliminación posterior.

(13) Como recuerda Macrí en el ya citado trabajo «Amistades de Antonio Machado», este soneto figura en *Soledades* (1907), pero no aparece en «Elogios», de *Campos de Castilla* (1912), ni en las *Páginas escogidas* (1917). Luego se pregunta Macrí: «¿Fué éste el motivo por el que se enojó cada vez más aquel hombre tan ufano, raro y magnífico? Si es así, don Antonio, el mismo 1917 de *Páginas escogidas*, tuvo que recoger el soneto en *Poesías completas* y empezó a escribir el soneto, que apareció, se ha visto, en *Nuevas canciones* (p. 15)». Ricardo Gullón, por su parte, logra demostrar con claras pruebas cómo Machado solía traspapelar poemas al preparar las ediciones de sus obras. Cf. «Mágicos lagos de Antonio Machado», *Papeles de Son Armadans*, VII (núm. LXX, enero de 1962, páginas 26-61).

(14) PÉREZ FERRERO, *op. cit.*, p. 115.

Vistas las muchas expresiones de afecto y admiración por Valle que aparecen en la obra de Antonio Machado y, sobre todo, en los textos elogiosos de *Juan de Mairena* y de *Los complementarios*, ¿correspondió Valle en igual forma a las citadas muestras de amistad por parte de Machado? En el caso de Valle-Inclán, no muy pródigo en sus alabanzas de otros escritores, no disponemos de la necesaria documentación para comprobar con citas textuales la admiración que seguramente tenía por el poeta Machado. Además, no siempre están al alcance del investigador páginas ocasionales (entrevistas, conferencias) del escritor gallego donde pudiera haber incluido elogios sobre la obra y la persona del poeta. Recordemos, no obstante, dos breves alusiones que se encuentran entre las páginas dispersas de Valle-Inclán. En Buenos Aires, adonde había ido en 1910, Valle dictó cuatro conferencias, y de la que dedicó al tema del modernismo copiamos el siguiente fragmento, que también interesa por la alusión a Galdós (15):

(15) En su prólogo a *La corte de los milagros*, de Valle, Machado también se refiere en dos ocasiones a Pérez Galdós. Primero, menciona brevemente las adaptaciones escénicas del novelista y luego continúa diciendo: «... Don Ramón, que escribe para la posteridad y, por ende, para los jóvenes de hoy, olvida a veces lo que nunca olvidaba Galdós: mostrar al lector el esquema histórico en el cual encuadraba las novelas un tanto frívolas de sus *Episodios nacionales*. Pero don Ramón, aunque menos pedagogo, es mucho más artista que Galdós, y su obra es, además, mucho más rica de contenido histórico y social que la galdosiana.»

Si bien rebasa el modesto intento de la presente nota, nos parece de gran interés el estudio de las relaciones literarias entre Valle Inclán y Pérez Galdós, aunque a estas alturas es sumamente difícil de reconstruir con completa fidelidad las opiniones a veces contradictorias y arbitrarias de Valle. El comentario de Carballo Picazo (p. 16, nota 20) se limita a la mención de ciertas páginas de Fernández Almagro y Gómez de la Serna, en las cuales ambos hablan de cómo se metió con Galdós por lo de *El embrujado*, y Fernández Almagro cita la tantas veces repetida frase despectiva «don Benito el Garbancero» (*Luces de bohemia*, escena cuarta).

Como decíamos, éste no es el lugar más apropiado para ocuparnos del tema. No cabe duda que Valle atacaba con frecuencia a Galdós, pero, por otra parte, ciertos textos tienden a revelar que a veces sus ideas sobre el novelista se acentuaban de modo algo contradictorio. Cronológicamente, habrá que recordar la reseña, más o menos benévola, que Valle escribe sobre *Angel Guerra* (*Publicaciones periodísticas de don Ramón del Valle-Inclán anteriores a 1895*) (Méjico, 1952, pp. 56-59), y sobre este mismo escrito véase el penetrante comentario de José F. Montesinos, NRFH, VIII (núm. 1, 1954, pp. 93-94). Ultimamente, EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO («Los últimos artículos de Valle-Inclán», tirada aparte de las *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, 1964) alude a «su marcadísima antipatía hacia Benito Pérez Galdós» (p. 6), y luego afirma, refiriéndose al mismo texto temprano de Valle: «... Indudablemente, por lo menos, la figura de Galdós que nos presenta Valle en su último artículo difiere mucho de la que había presentado años atrás» (p. 7).

Del libro de Francisco Madrid (*op. cit.*, p. 296) transcribimos el siguiente fragmento: «En otra ocasión, hablando de Pérez Galdós, apuntó don Ramón: --Don Benito es pintoresco e intenso. La misma exuberancia de sus obras ha perjudicado el valor intrínseco de las mismas. Pero a pesar de eso, Galdós ha sido el redentor de nuestro teatro. Nadie antes que él había llevado a la escena los vastos problemas. *Realidad* fué el preludio de una renovación gloriosa. Reinando Echegaray, todo era arbitrariedad ampulosa y vana retórica. ¡Lo que tendría que luchar Galdós con los cómicos! *Alma y vida*, tan fresca y tan delicada, fué verdaderamente escarnecida por quienes la estrenaron...». Y estos elogios del Caldós

En la literatura, Unamuno, Benavente, Azorín, Ciges Aparicio, Baroja, los Machado, Marquina y Ortega y Casset tienen un sentido nuevo de patria. Aman la novela regional, en su tradición, no en aquellos de sus hombres, que nada valen y que nada representan. El patriotismo consiste en imponer lo grande y no en dejar que la audacia vanidosa se imponga. Tal fuerza anima y vive en la obra de los nuevos escritores.

Aparecen en un momento agitado en España y traen el sentimiento de la patria, no la patria bravucona y pendenciera, que oculta los defectos y se lía la manta a la cabeza, sino la de los que se imponían por criterio único ser los mejores. Su patriotismo no es el de la ascensión.

Entre los precursores del modernismo hay que señalar a Pérez Galdós. Galdós marca los senderos de la tradición y va contra los «patriotas» que reniegan de la historia para ver tan sólo las acciones de los hombres (16).

Años más tarde, cuando hubo vacante en la Academia de la Lengua por la muerte de Gómez de Baquero, Valle escribe estas palabras, en las cuales vuelve a figurar el nombre de Machado en una nómina: «... En la Academia hay ahora tres nobles escritores electos: Benavente, Pérez de Ayala y Antonio Machado. Y fíjense. Retardan cuanto pueden leer sus discursos. Benavente acaba de insinuar que no lo leerá nunca...» (17).

Si bien los textos en cuestión demuestran el alcance de una sincera amistad y admiración literaria entre Antonio Machado y Valle-Inclán, lo más significativo para nosotros es que revelan de nuevo la necesidad de no insistir demasiado con esquemas simplistas en la dicotomía tantas veces establecida entre los noventayochistas y los modernistas (18). En este caso, las apreciaciones de Machado sobre Valle tienen para la crítica la innegable importancia de contribuir, en grado mínimo quizá, al estudio íntegro y no disociador de una significativa etapa en el desarrollo de las letras españolas. Frente a la tesis discriminatoria y escisionista, ciertos críticos autorizados, como Del Río y, últimamente, Ricardo Gullón, han empezado ya a revisar la historiografía literaria del período, lo cual nos permite una mayor comprensión del panorama total. Aunque los escritores no siempre se veían con mutua estima,

dramaturgo parecen coincidir con lo que recuerda C. R. C. (Cipriano Rivas Cherif) en su nota «Más cosas de Don Ramón», *La Pluma* (núm. 32, enero de 1923, página 94).

(16) FRANCISCO MADRID, *ob. cit.*, pp. 200-201.

(17) *Ibidem*, p. 335.

(18) La carta de Machado a Valle reproducida en el ya citado número de *Índice* le ha sugerido a J. A. Valente una breve pero acertada nota titulada «Modernismo y 98», en que combate también los fáciles esquemas que dividen de modo tajante a los escritores de la época en dos grupos antagónicos. *Índice*, IX (números 74-75, mayo-junio de 1954, pp. 22-23).

habrá que tener en cuenta los fecundos contactos espirituales y literarios que existían muchas veces entre artistas clasificados, de modo convencional, bajo los rótulos distintos de la generación del 98 y el modernismo. Así es que el modernismo quedó reducido a sus elementos más exteriores, superficiales y pasajeros. No olvidemos que en sus ya clásicas definiciones, Federico de Onís y Juan Ramón Jiménez proponían unas fórmulas amplias para caracterizar con mayor fidelidad el complejo y fluido fenómeno que llamamos modernismo. También en su libro reciente, *Direcciones del modernismo*, Ricardo Gullón, con gran acierto, parte precisamente de Juan Ramón Jiménez, que consideraba el modernismo como una actitud y como una época. He aquí, pues, que Antonio Machado y Valle-Inclán, que suelen ser clasificados en los antípodas de este movimiento literario, están esencialmente emparentados en más de un aspecto, aunque su literatura, vista superficialmente, parece en ocasiones tomar rumbos opuestos.—ALLEN W. PHILLIPS.

EL JOVEN TEATRO

Algunos amigos extranjeros suelen preguntarnos, al hablar de teatro español: «¿Qué autores ha habido después de García Lorca?» Hasta cierto punto, cabría afirmar que ésta es una pregunta típica.

Hay también otra pregunta típica que oímos formular con frecuencia a las gentes de letras que, sin embargo, viven muy al margen del hecho teatral (lo cual, a su vez, es un singular fenómeno). Esa pregunta viene a ser así: «¿Qué autores han surgido después de Buero Vallejo y Alfonso Sastre?».

Con posterioridad a la aparición de estos dos dramaturgos —que Torrente Ballester, en reciente ocasión, definió como las dos primeras figuras de nuestra actual literatura dramática—, aparición que data de los años cincuenta (la primera obra de Buero, *Historia de una escalera*, se estrenó en 1949; *Escuadra hacia la muerte*, la primera obra importante de Sastre, se estrenó en 1953), han venido haciendo acto de presencia en nuestros escenarios una serie —muy abundante— de nuevos autores, de entre los que parecen destacarse, como los de más óptimas condiciones dramáticas, Rodríguez Budez, Lauro Olmo, Carlos Muñiz, Alfredo Mañas y alguno más. Sin embargo, no se agota la nómina en cuatro o cinco nombres. Por el contrario, la nómina es, como digo, muy extensa. Cabe preguntarse, claro está, si cada uno de los autores que